

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO V.

[1531.]

Expedición de Verdugo á Jalpa. Se le someten algunos naturales y le entregan sus ídolos, los cuales mandó destruir.—Sale Oñate de Tonalán. Encuentro reñido con los indios de Huentitlán.—Los tlaxomultecos se unen á los españoles. Entréganse de paz á Oñate los indios de Copala.—Sangriento combate en el Paso del Río Grande. Mueren en Ixcatlan 300 indios que fueron inhumanamente lanceados.—Se someten los pueblos de Contla, Cuacualla, Tlacotlan y otros. Heroica resistencia y derrota de 400 guerreros de Teponahuasco y de Nochistlán. Recorre Oñate varios pueblos de Tecuexes hasta Teocaltiche, cuya encomienda se dió á Miguel de Ibarra.

Como queda dicho al principio de la segunda parte de este Bosquejo, envió Guzmán á Cristóbal de Oñate á la conquista de Tlacotlán, Juchipila, el Teul y otros puntos del mismo rumbo, poniendo á sus órdenes 50 ginetes, 30 infantes y 500 indios auxiliares.

El historiador Bancroft refiere que Guzmán envió también, al mismo tiempo que á Chirinos y á Oñate, á un tal Verdugo por el rumbo de Jalpa, y que á este se le sometieron varios caciques, entregándole los ídolos que adoraban, los cuales mandó hacer pedazos.

Si el error de aquellos invasores hubiera consistido solamente en destruir los ídolos de los indios, con el fin de retirar á estos de la grosera idolatría que practicaban y de educarlos en otro sistema religioso extraño á toda ceremonia supérflua y al culto de divinidades impotentes, habria alguna sombra de motivo para atenuar ó para disminuir el cargo que les resulta como conquistadores fanáticos; pero su

espíritu intolerante y destructor nada perdonó que significara paganismo, pues en aquella guerra conducida á fuego y sangre y en parte con sentida por los misioneros, los españoles hubieran querido no dejar á nuestros indígenas ni el más pequeño rastro del culto que profesaban, como el tirano Casio solo queria dejar *los rayos del sol* á los habitantes de la Isla de Rodas, cuando estos le suplicaban que á lo menos les permitiera quedar con las estatuas de sus dioses.

Salió Oñate á principios de Abril de 1530 del pueblo de Tonalá, á la vez que D. Nuño tomaba el camino de Tlala y Etzatlán, con el fin de internarse á las tierras descubiertas ó invadidas poco tiempo antes por D. Francisco Cortés, sobrino del conquistador de México.

No fué tan afortunado Oñate en esta expedición, como Chirinos en la de Zacatecas, pues al avistarse con su ejército al pueblo de Huentitlán le salieron al encuentro muchos indios, trabando reñido combate con los españoles y sus aliados los de Tlaxomulco, cuyo cacique se hizo luego partidario decidido de Nuño de Guzmán.

A pesar del denuedo con que pelearon los *huentillecos*, viérense al fin obligados á replegarse á la cumbre de un cerro inmediato, donde quedaron vencidos con pérdida de mucha gente entre muertos y heridos. Esta victoria debieronla muy particularmente los castellanos á la poderosa ayuda de los *tlaxomultecos*, quienes olvidando los sagrados deberes que el patriotismo y la comunión de intereses y de raza les imponían, cooperaron por temor ó por debilidad á la esclavitud de sus mismos compatriotas y amigos, facilitando á los españoles muchos triunfos que sin esa cooperación no hubieran podido conseguir.

Triste es ver que al lado del patriotismo y el valor heroico de nuestros antepasados, no faltan algunos ejemplos de flaquezas y defecciones en la época de la conquista, pues desde que los tlaxcaltecas pusieron á disposición de Cortés su poderoso contingente contra los mexicanos, esa conducta infiel y degradante tuvo luego imitadores en Michoacán, Jalisco y otras partes, no porque el espíritu patriótico estuviera del todo muerto ó pervertido entre nuestros indígenas, ni porque faltase en ellos la virilidad y el heroismo que engendran la independencía y el derecho, sino que algunas veces por temor, otras por engaño, otras obedeciendo á pro-

pósitos egoistas de venganzas contra adversarios domésticos, quiso la fatalidad que no faltaran hombres flexibles que arrastraron en mala hora á sus compañeros á cometer lamentables aberraciones y perfidias, haciendo que las punzantes flechas, las macanas y las hondas que en simultánea y general defensa debieron asustarse contra el extraño enemigo, fueran más bien á herir ó á derribar á los hermanos, á los camaradas á los compatriotas, quienes á pesar de sus intestinas querellas, tenían la sagrada obligación de unirse en un solo hombre ó en un solo cuerpo para salvar sus hogares y sus libertades.

La segunda jornada de Oñate fué á Copala, cuyos habitantes, aunque salieron como en actitud hostil, se dieron luego de paz. De allí avanzó hasta Ixcatlán, empuñando rudo y sangriento combate con los que defendían el paso del Rio grande. En este encuentro los indios perdieron 300 combatientes, que según Tello y Mota Padilla fueron cobardes é inhumanamente lanceados, después de estar ya indefensos y rendidos.

Conviene referir aquí un episodio curioso y extraño, que pone de relieve el ímpetu sanguinario de que hacían ostentoso alarde los españoles. Concluida la matanza anterior cada uno de los soldados de Oñate llevaba la espada ó la lanza teñida con la sangre de las víctimas, para probar así que había tomado parte en aquella horripilante hecatombe; pero un castellano llamado Pedro Placencia, que no se cuidó de poner en la punta de su lanza el cruento distintivo ó testimonio de la reciente victoria, fué objeto de picanterías burlas de parte de Oñate, quien se manifestaba avergonzado de que Placencia no hubiera traspasado con su lanza el palpitante corazón de alguno de aquellos 300 valientes sobre cuyos enrojecidos cadáveres pasaron los castellanos, como Xerxes sobre los abnegados defensores de las Termópilas.

Los pueblos de Contla, Cuacuala, Tlacotlán y otros que tocó Oñate después del encuentro de Ixcatlán, no opusieron resistencia alguna; pero no sucedió así con el de Teponahuasco, pues de allí salieron á disputarle el paso 400 guerreros escogidos y resueltos, que ayudados por los de Nochistlán construyeron un pequeño fuerte para defender

el camino. El historiador Frejes refiere que los restos de esa improvisada fortaleza existían aún el año de 1839.

Inútil fué la denodada resistencia de aquellos valientes, pues ni sus obras de defensa, ni su heroico comportamiento en la pelea les pudo librar de una derrota completa, aunque muy honrosa.

Paso después Oñate á conquistar una parte de la provincia que ocupaban los *tecuexes*, recibiendo desde luego la obediencia de los caciques de Cuquío, Jalostotitlán, Yxtlahuacán, Ocotie, Contla, Mayonalisco, Yahualica y algunos otros pueblos recorridos antes por Chirinos, después de lo cual se dirigió á Teocaltiche, donde también se le sujetaron como 6000 indios, y en cuyo lugar permaneció algunos días preparándose para invadir el territorio de los indómicos *caxcanes*.

Las poblaciones ocupadas hasta aquí por Oñate pertenecen hoy al vecino Estado de Jalisco; pero en aquella época fueron dadas en encomienda á Miguel de Ibarra, quien se ocupó de recorrerlas á efecto de conservar esta conquista, observando con sus indígenas una conducta prudente y conciliadora, bien extraña en muchos otros de los conquistadores de aquel tiempo.

Por qué la mayor parte de los habitantes de dichos pueblos se rindieron tan fácilmente á los españoles en esa vez, sin oponerles la intrépida y vigorosa resistencia con que pocos años más tarde pretendieron sacudir su yugo, es cuestión que tiene que resolverse en vista de la astuta y halagadora conducta que al principio observaron los españoles con los indios, hasta que á causa del pésimo tratamiento que les dieron, los obligaron á promover serias y terribles rebeliones, que más de una vez amenazaron acabar con los intereses y las mismas vidas de sus injustos opresores.

CAPITULO VI.

1530.

Llega Oñate á Nochistlan, donde derrota 6,000 caxcanes que le oponen vigorosa resistencia. Deja allí á su hermano Juan de Oñate con varios españoles, ordenándole construyera casas y sembrara tierras. Sigue Oñate á Juchipila. -- Le reciben de guerra 6,000 caxcanes en el cerro denominado el *Toch*. Arrojo de un italiano llamado Lipar ó Lipari. Rendición de los indios. ---Envía Oñate alguna gente á reunir á los habitantes de los pueblos circunvecinos, á los cuales apacigua por medio de promesas. Se dió á Fernando Flores el pueblo de Juchipila en encomienda. ---Marcha Oñate á unirse con Guzmán y á su paso por el cañón de Tlaltenango le dan la obediencia los caciques de muchos pueblos. ---Retrocede Oñate al Teul.

Después de algunos días encaminóse Oñate hácia Nochistlán, cuyo pueblo estaba situado en la altura de un cerro conocido después por el *Peñol* y más tarde por cerro de San Miguel. Allí se trabó un nuevo combate contra 6,000 indios caxcanes que preparados anticipadamente para resistir á los españoles, habían fortificado dicho cerro con fuertes albarradas ó trincheras de piedra suelta, de la que muchas veces hacían uso como arma ofensiva.

La suerte fué adversa en ese combate á los *nochistlec*os, pues aunque hicieron prodigios de valor, luchando con los auxiliares mexicanos y tarascos, la suerte se decidió en favor de los invasores, muriendo muchos indios y quedando reducidos á la esclavitud numerosos prisioneros. Los que pudieron escapar fueron á unirse con los de Juchipila, y otros, amedrentados con tan costoso desastre, al fin se vieron obligados á rendirse y á aceptar las cadenas con que en recompensa de la sumisión los ataban los vencedores.

Después de este hecho de armas tomó Oñate posesión del pueblo de Nochistlán y permaneció en él hasta que dió parte á Guzmán de todo lo que hasta entonces había ocurrido en esta expedición.

Dejó allí á su hermano Juan de Oñate con algunos españoles, encargándoles construir casas y abrir labores para siembras, pues le pareció dicha localidad muy á propósito para fundar una población, que fué la primera que los españoles establecieron en el territorio de Zacatecas y que después se llamó Villa de Espíritu Santo.

En seguida dirigióse Oñate á Juchipila, que por otro nombre se llamaba Tlatlan y estaba entonces sobre un pequeño cerro conocido por el *Toch*, á medio camino entre el actual pueblo de Juchipila y Apozol.

Más de 6,000 *caxcanes* de la belicosa tribu que 350 años antes había arrebatado á los chichimecas aquellas posesiones, estaban fortificados en el referido cerro. Los españoles hicieron un atrevido empuje para penetrar dentro de la trinchera, pero fueron vigorosamente rechazados. Entonces un italiano de apellido Lipar, fiado en la potencia y en la destreza de su caballo salvó la trinchera, y después de luchar cuerpo á cuerpo con muchos indios, mató á dos de ellos, sacando el mismo Lipar dos flechazos durante la refriega.

El arrojo del italiano, á quien seguían Fernando Flores y otros, facilitó la entrada de los españoles al perímetro fortificado, lo cual difundió la desmoralización y el desaliento entre los guerreros de Juchipila, quienes por esta circunstancia y seducidos por las instigaciones de los indios auxiliares, no intentaron ya continuar defendiéndose y se rindieron en seguida al jefe español.

Este, aprovechándose de un golpe que tanto había concertado á los indígenas y haciendo uso de la halagadora conducta que generalmente empleaban los conquistadores, envió alguna gente á recorrer los pueblos inmediatos con el fin de capturar ó de reunir á sus habitantes, lo que no le fué difícil obtener en aquellos momentos de turbación y de sorpresa para los que, cediendo á lisonjeras promesas ó bien á la superioridad de las armas y otras ventajas que estaban del lado de los españoles, creían sin duda recibir un tratamiento menos cruel y vejatorio del que fueron objeto, pues

estando ya reunidos y avasallados los caciques de Juchipila, Oñate les manifestó el propósito de su conquista, asegurándoles que solo venía á buscarlos como amigos y á proporcionarles las luces de la verdadera religión, haciendo desde luego que algunos auxiliares mexicanos, que ya habían recibido instrucción en los misterios de la fé católica, se ocuparan de doctrinar á los vencidos.

El pueblo de Juchipila con sus dependencias quedó bajo la custodia ó encomienda de Fernando Flores, cuyos hijos, nietos y biznietos gozaron por mucho tiempo los beneficios y prerrogativas de esa encomienda.

Considerando Oñate asegurada esta nueva conquista y deseando ir á incorporarse con Guzmán, emprendió la marcha con rumbo á Jalpa, pasando por Apozol. En esta población lo recibieron de paz los indígenas, lo mismo que en Jalpa, y lo regalaron con abundantes provisiones de pan, maíz, miel y animales de caza.

En el mismo pueblo de Jalpa, circundado de muchas pequeñas poblaciones, permaneció dos días recibiendo la obediencia y los homenajes de varios caciques, por lo que mandó practicar allí los autos de estilo, para agregar esos pueblos á su conquista. ¹ La historia no refiere á quien fueron dados en encomienda, pero es probable que quedaran sujetos á Juchipila, por haber estado muy inmediatos á dicho lugar.

De Juchipila continuó por todo el valle hácia Tlaltenango, cuyos señores ó caciques salían á darle la bienvenida y á obsequiarlo con diversos regalos, reclamándole por qué no los visitó cuando pocos días antes había pasado cerca de sus tierras, sin duda confundiéndolo con Chirinos, que fué quien al dirigirse á los Zacatecas, había recorrido algunos puntos cercanos á Tlaltenango.

Tomó allí algún descanso y variando de rumbo, retrocedió al valle del Teul, en cuyo peñol ó cerro, como queda referido antes, no solo estaba fundado el gran *vue* ó templo que tanta fama tenía por todos estos puntos, sino que tam-

¹ La fórmula generalmente usada en estos casos, consistía en una breve exposición de la doctrina cristiana; se continuaba con la relación de los males causados por los indios á los españoles; se les acusaba de rebeldes y se les amenazaba con la guerra si no se daban de paz.—*Méx. á través de los Siglos*, tom. II, p. 271.

bién constituía una de las más bien situadas y estratégicas fortalezas de los *caxcanes*.

Contra todo lo que los indígenas comarcanos esperaban de los *teultecos*, cuya bravura, decisión y celo por conservar sus dominios y costumbres idolátricas eran bien conocidos, con gran sorpresa vieron que los guardianes de la levítica é inaccesible metrópoli *teulteca* daban llana y humildemente la obediencia á los españoles, lo que contribuyó en gran manera á la pacificación, si no completa, al menos aparente de todos los puntos hasta entonces conquistados en aquel rumbo por Oñate y Chirinos, pues poco tiempo después los *teultecos* fueron los primeros en rebelarse contra los invasores.

En el lugar correspondiente, se verá de cuanta importancia fué para los españoles la adhesión que les profesaron los *teultecos*, adhesión que rayó en punible y vergonzosa perfidia y que contribuyó poderosamente, como dice un historiador contemporáneo, á remachar los grillos de la esclavitud entre los antiguos indígenas de Zacatecas.

En el Teul, como en los otros lugares sojuzgados, apeló Oñate á sus estudiadas promesas y razonamientos, exhortando á los *teultecos* á la obediencia hácia el rey de España y ofreciéndoles que aquel gran monarca los protegería como á sus propios súbditos, que los españoles respetarían sus bienes y sus libertades, que los ayudarían contra sus enemigos y que solo deseaban sacarlos de la tenebrosa ignorancia en que vivían.

Informado Oñate por algunos señores *teultecos* acerca del mejor camino que podía seguir para encontrarse con Guzmán, se dirigió á Huitzila, perteneciente al señorío del Teul, y por una barranca llamada los Tetzoles, que hoy denominan San Gaspar, llegó á Tequila y recorrió otras muchas poblaciones del Estado de Jalisco, hasta que logró reunirse con el jefe principal de la expedición en Etzatlán.

Aunque me he propuesto despojar esta historia, de todos aquellos relatos ó tradiciones insustanciales é inverosímiles de que están plagadas algunas obras referentes á Zacatecas, y que tanto desfiguran la sencillez de la verdad histórica, extraviando lastimosamente la credulidad y el juicio de los lectores, no puedo pasar adelante sin referir una de las fabulosas leyendas que dieron márgen á dejar arrai-

gadas en los pueblos, supersticiones y errores sancionados por los mismos ministros de la religión.

Refiere el P. Tello que cerca del Teul, á la parte del Norte, existía una extensa cueva llamada *Cuicón*, ó "lugar donde cantan," en la cual se escuchaban cantos de diversas aves y voces de diversos idiomas; que se observaban todos los días huellas de mujeres y niños, de aves y de otros animales; que esas huellas, si en la mañana eran barridas, volvían á manifestarse en la tarde, y que los indios, amedrentados con tan extraordinario fenómeno, acudieron al P. Fr. Miguel de Bolonia para que conjurase dicha cueva, con lo que desapareció esa extraña manifestación. Mota Padilla agrega que también se escuchaban allí voces de tambores, clarines, cornetas, pífanos, arpas y algunos otros instrumentos de música.

No hay duda de que todas estas vulgaridades, tal vez no creídas por los mismos conquistadores y sacerdotes,¹ sirvieron mucho á los propósitos y á los intereses de unos y otros, aprovechándose de la sencillez y la credulidad de los indios, para hacerse aparecer como seres superiores ó sobrenaturales, á cuya ciencia y poder cedían los obstáculos y las empresas más difíciles.

Con la sujeción de Juchipila, Nochistlán, Mezquituta, Cuzpala, Moyahua, Tenayuca, Apozol, Jalpa, Huanusco, Mecatabasco, Toyahua, Apulco, Tlaltenango, Atolinga, el Teul y otros pueblos de menor importancia que hoy forman los Partidos del Sur del Estado, dejó por terminada esta conquista Cristóbal de Oñate, á quien se verá figurar después en otros importantes acontecimientos de la historia de Zacatecas.

¹ Frejes, Historia Breve &, p. 157.

CAPITULO VII.

(1531.)

Se da el nombre de Villa del Espíritu Santo á la nueva población y después el de Guadalajara.---Primeros progresos de dicha villa.---Sublevación de los *teultecos*.---Acude Guzmán á socorrer á Guadalajara.---Desaprueba lo hecho por Juan de Oñate.---Manda á éste á reducir á la obediencia á los del Teul y otros pueblos.---Sumisión de los *teultecos*.---El ídolo *Teotl*.---Los misioneros franciscanos Fr. Juan de Padilla y Fr. Antonio de Segovia.---Ordena Guzmán la traslación de Guadalajara á otra localidad.---Se vuelve á Tepic.

Hemos dejado á Juan de Oñate con algunos españoles poblando la encomienda de Nochistlán, á Fernando Flores en la de Juchipila y probablemente á Lipar en Apozol, pues este pueblo se le señaló poco después de la conquista de Juchipila, como premio de los eminentes servicios que había prestado á las órdenes de Oñate en esa misma campaña.

En cuanto á lo que Flores y Lipar hayan podido hacer en los puntos que recibieron en encomienda, nada puedo asegurar, por lo que será preciso ocuparnos de la parte que tocó á Juan de Oñate.

Asentada la nueva población de Nochistlán, de la que fué Alcalde mayor el mismo Oñate, se le puso por nombre *Villa del Espíritu Santo*, y en Diciembre de 1531 se le agregó el de *Guadalajara*, por haber sido Guzmán originario de la ciudad del mismo nombre en España.¹

¹ *Guadalajara*, según Pérez Verdía significa *rio pedregoso*, de las voces árabes, *Wadil-adjara*; pero otros autores creen que viene de *Quauhalalan*, palabra indígena que se deriva de *Quauhalalate*, árbol medicinal abundante en el Estado de Jalisco.---Florencia, Origen de los célebres santuarios de la Nueva Galicia, cap. I. pág. 3.